

sotros, que yo. Os conjuro á que apagueis vuestras hogueras, á que renunciéis á vuestros vicios y os convirtais á Dios.

Varios eclesiásticos, y entre otros el cura de San Bartolomé, se le presentaron, é intentaron obtener que se retractara y abjurase lo que llamaban sus errores. La constancia de Du Bourg no se desmintió en un ápice.

Dada por él palabra de que no hablaría al pueblo, se suprimió la mordaza. Con la mayor tranquilidad subió á la carreta que debía llevarlo á la muerte: miraba con calma inalterable á la muchedumbre, á la que no dirigió la palabra; pero sí exclamó repetidas veces: «El que veis, no es ladrón ni homicida: es un mártir “que se gloria de morir por la causa de Dios y del Evangelio.”

Llegado á la plaza de Grève, y colocado debajo de la horca que se había levantado allí, alzó los ojos al cielo y dijo: «Dios mío, no me abandones, para que no “te abandone yo.”

Tales fueron sus últimas palabras: apenas las había pronunciado, cuando el verdugo le puso la cuerda al cuello; algunos segundos despues había dejado de existir. Pero ya su muerte había sido vengada, porque durante la sustanciación del proceso, Enrique II había caído mortalmente herido en una fiesta, á poca distancia de la Bastilla donde gemía el prisionero, y el que lo había herido era aquel mismo conde de Montgommery, que había llevado á la cárcel al infeliz magistrado. Cuántos han creído ver el dedo de Dios en el cumplimiento de ciertos sucesos en que era ménos patente que en este!

V.

Prision de los mariscales de Cossé y de Montmorency.—Sefia de libertad.—Catarina de Médicis en la Bastilla.—Venganza de fraile y venganza de rey.—Bussy de Ambrise.—El abate de Rosières.—Pedro Desgrains.

En 1574 Carlos IX, casi moribundo, estaba en el castillo de San German con su madre Catarina de Médicis, cuando descubrió ésta ó creyó descubrir una formidable conspiración, de que eran gefes el duque de Alençon, hermano del rey, y el rey de Navarra, que fué despues Enrique IV. El asunto era en apariencia de tanta entidad, que el monarca y su madre abandonando precipitadamente á S

German, donde no se creían seguros, fueron á encerrarse en Vincennes, llevándose consigo al de Alençon y al de Navarra, sobre quienes se ejerció desde entónces una incesante vigilancia. Se trató en seguida de apoderarse de los dos mariscales; pero esto no era fácil, y muchos meses trascurrieron sin conseguirlo.

Entre tanto, como los conjurados ignoraban que sus planes hubiesen sido descubiertos, por la habilidad con que la reina madre y Carlos habían disimulado su cólera, Cossé, que se había retirado desde la salida de San German, resolvió volver á la corte, á principios de Marzo de 1575, á fin de saber del rey de Navarra y del duque, si habían renunciado á sus proyectos, los cuales nunca han llegado á ser bien conocidos, dicho sea de paso. Se le recibió de un modo capaz de disipar toda sospecha: el rey, que no podía levantarse de la cama, lo hacia ir á su lado, para gozar, á lo que decia, de la conversacion de uno de los mas valientes guerreros que hubiesen servido á la Francia con su espada. Catarina, por su parte, lo agasajaba á mas no poder.

Cossé, completamente tranquilizado, escitó á Montmorency á que se le reuniera, y éste, dejándose persuadir, llegó bien pronto á Vincennes, donde fué recibido con demostraciones de júbilo, suficientes para desvanecer toda desconfianza, si alguna le hubiera quedado; pero esta seguridad duró poco, porque habiendo manifestado desde el siguiente dia deseo de ir á cazar, se inventaron mil pretextos para impedirselo, repitiéndose igual excusa por varios dias. Comenzando Montmorency á comprender que había perdido su libertad, se apresura á sacar de allí á la duquesa su muger, que lo había acompañado, y al otro dia de ida ella, intentó fugarse á su vez; pero llegado al puente, encontró al vizconde de Auchy, capitán de guardias del rey, que saludándolo respetuosamente, le dijo que tenia orden de pedirle su espada y asegurar su persona. Se le hizo subir al coche del monarca, donde estaba ya Cossé, á quien igualmente se acababa de aprehender, y ambos fueron conducidos á la Bastilla, cuyo gobernador era entónces Lorenzo Testu, hombre sin entrañas ni honor, á quien Catarina de Médicis había hecho uno de los principales ministros de sus venganzas.

La muerte de Carlos IX, y el advenimiento de Enrique III, en nada cambiaron la posicion de los dos mariscales: Catarina de Médicis seguía mandando con absoluto poder.

La corte había vuelto al Louvre; pero se seguía vigilando al rey de Navarra y al duque de Alençon, que no habían abandonado sus proyectos de huida; y se tramaban intrigas de todas clases, cuando llegó á la corte la noticia de la muerte del mariscal de Damville, que se había puesto á la cabeza de los hugonotes del Languedoc. Solo dos hombres podían reemplazarlo, Montmorency ó Cossé: Catarina no vaciló, y se resolvió su muerte.

La noche del dia en que había llegado aquella noticia, estaban los dos mariscales hablando de sus asuntos, pues habían conseguido ocupar el mismo cuarto, favor raro, que no se habían atrevido á negarles. A pesar del rigor de su cautiverio y de la incesante vigilancia de que eran objeto, no dejaban de tener rela-

ciones exteriores, y la duquesa de Montmorency conseguía de cuando en cuando dar aviso á su marido de los sucesos que ocurrían. Así había acontecido aquel día mismo: ella había sabido la noticia del fallecimiento de Damville, y no se le ocultaba que su confirmación sería la sentencia de muerte de los dos prisioneros, por cuyo motivo les había hecho entregar un billete que contenía estas palabras: "Corren diversos rumores: verdaderos ó falsos, pueden decidir de vuestra suerte. "Aplicad bien el oído en las primeras horas de la noche: yo iré debajo del foso, "del lado de vuestras ventanas: dos gritos os anunciarán victoria: tres, significa- "rán derrota."

Los mariscales, pues, platicaban en voz baja, para no dejar de oír el ruido exterior que podía llegar hasta ellos. De repente un grito agudo y prolongado, muy lejano al parecer, hiere sus oídos: en alto grado agitados corren á la ventana, se cuelgan de las rejas, y mientras se esfuerzan en balde en penetrar con sus miradas las tinieblas de afuera, resuena otro grito igual al primero. Los prisioneros permanecen inmóviles: contienen su respiración; todos sus sentidos quedan embotados. Pero recobran aliento poco á poco: el tercer grito, el grito de muerte, no es proferido.

—Victoria!— esclama por fin Montmorency.

—Quién sabe,— responde Cossé,— si los centinelas habrán impedido á la señora duquesa completar la señal.

—Así puede ser, en efecto.

—Y eso sería la muerte.

—En tal caso, como la muerte es dama conocida nuestra, debemos ponerle buena cara.

—Ah! sí, en un día de batalla, con espada en mano; pero aquí....

—Chiton!.... vienen.

De facto, casi al punto rechinaron los cerrojos: varias puertas giraron sucesivamente sobre sus goznes; y los dos mariscales vieron presentarse al gobernador Lorenzo Testu.

—Señores,—dijo con tono camandulero,—diversas veces habeis pedido mudar de alojamiento, por no ser este propio de personas de tan alto rango como vosotros. Si no he accedido desde ántes á vuestros deseos, estad seguros de que ha sido por dificultades insuperables. Hoy, que la cosa es hacedera, os suplico que os sirvais seguirme.

—¿Y nos vais á llevar muy léjos? preguntó Cossé, echando al miserable una mirada investigadora.

—No es difícil, señores míos, que el viage sea largo, y por eso he recurrido al auxilio de nuestro reverendo capellan, que entrará si lo permitis.

—Malvado!—esclamó Montmorency, nos va á hacer asesinar.

—Ah! monseñor,—replicó Testu, con afectada impasibilidad,—calmad esa ira y emplead otro language. ¿No teneis en vuestros gobiernos y señoríos el derecho



de alta y baja justicia? ¿Cómo, pues, podreis atreveros á negar ese mismo derecho á nuestro amo el rey Enrique III?

—Cossé,—dijo Montmorency,—resistamos, y muramos como soldados.

Y apoderándose de un pesado leño, de los que había junto á la chimenea, se arrimó á la pared con aire amenazador. Lorenzo, sin hacer gran caso de ese movimiento, se acercó á la puerta para que entrara su gente, que había dejado allí cerca. Pero en vez de esbirros decididos á matar, quien entró fué Catarina de Médicis, con aspecto tranquilo y risueño.

—No me quejaré, primos míos,—les dijo,—de que seais mas valientes que Damorets. Lo que sí me parece demasiado raro, es que necesite venir aquí en persona para rogaros que salgais, por no querer nuestro amado hijo estar privado por mas tiempo de vuestros buenos y leales servicios.

Los mariscales se quedaron estupefactos.

Contarémos lo que había sucedido. La reina madre, persuadida de la muerte de Damville, y temiendo un levantamiento de los hugonotes ó reformados para libertar á Montmorency y á Cossé, había ido á la Bastilla con la resolucion de no salir de allí hasta despues de la ejecucion de aquellos dos hombres, que hubieran sido prepotentes á la cabeza de los descontentos. Llegada á la habitacion del gobernador Lorenzo Testu, le había dado sus órdenes en consonancia con tal determinacion; pero apenas se había separado Testu de ella para obedecerla, cuando un oficial enviado por el rey, había llegado á carrera abierta con este conciso mensaje:

“El mariscal de Damville no ha muerto, y el duque de Alençon acaba de evadirse del Louvre.”

Este doble acontecimiento cambiaba completamente el aspecto de los negocios, haciendo necesarios para el partido de la corte á Cossé y á Montmorency, para oponerlos á Damville y al rey de Navarra, que comenzaba á ser temible. Bien lo conocia Catarina, y por eso ponía en libertad á los dos presos, á quienes pocos minutos ántes había dado orden de matar.

El que en semejante momento tenia cara mas compungida de aquellos diversos personajes, era sin contradiccion Lorenzo Testu, que sin comprender en lo absoluto cambio tan repentino, miraba alternativamente con la boca abierta á la reina madre y á los mariscales, esperando que alguno le dirigiese la palabra para sacarlo de cuitas. Al fin, la reina, no por compasion, sino por creer que podría aún necesitar de sus servicios, le dijo:

—Vamos, señor Testu, haced, si no lo habeis á enojo, los honores de vuestro gobierno, y conducidnos con nuestros primos hasta la puerta en que espera nuestro coche. Y dirigiéndose á los mariscales, agregó:

—Queridos primos, el rey ansía tanto veros, que lo mejor que puedo hacer es llevaros al Louvre.

Los dos mariscales habían entendido: lo que la duquesa había dado era el grito de victoria.